

LECTURAS | NOVEDADES

Profunda aflicción

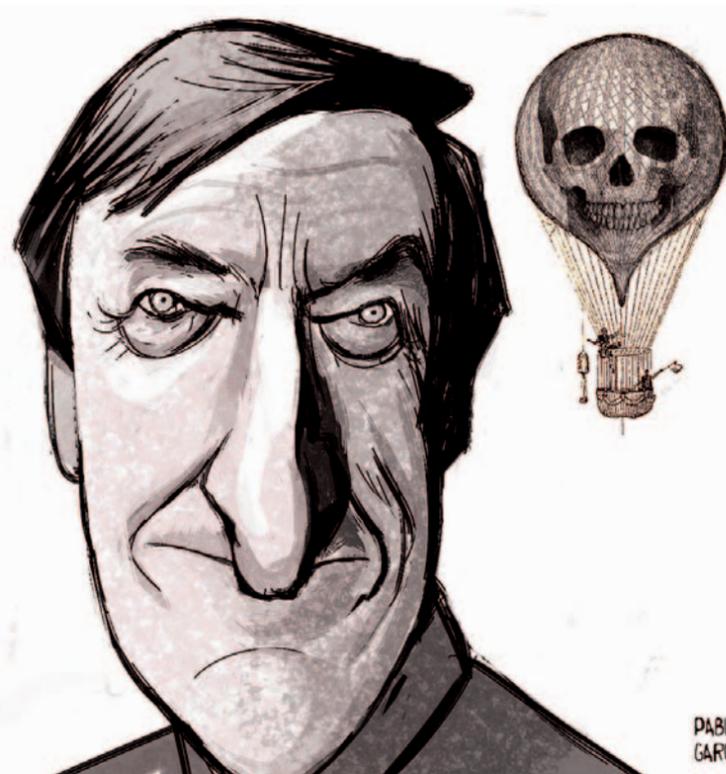
El escritor Julian Barnes descubre de manera deslumbrante en su libro 'Niveles de vida' el dolor devastador por la muerte de su esposa

LUIS M. ALONSO

La aflicción por la pérdida del ser más querido sólo tiene el consuelo del dolor. Sufir es un bálsamo pero no hay por qué compadecerse de uno mismo. Julian Barnes (Leicester, 1946) ha escrito algunas de las páginas más hermosas y conmovedoras que he leído sobre la aflicción del ser humano en *Niveles de vida*, un libro que no alcanza, sin embargo, a prefigurar la hondura del tercer relato en los dos que le preceden como metáforas. El lector podría prescindir de ellos para sumirse en el deslumbrante sentimiento que expresa Barnes en *La pérdida de profundidad* al describir la desolación tras la muerte de su esposa.

Únicamente esa desolación del escritor que ha perdido en 37 días a la mujer con la que ha vivido treinta años proyecta sombras sobre los dos episodios que abren el libro ligados a su suerte por diminutas coincidencias. En *El pecado de la altura*, un fotógrafo e inventor del siglo XIX, Gaspard Félix Tournachon, luego conocido por Nadar, alterna su pasión por las instantáneas de las catacumbas con los globos aeronáuticos. El segundo de los relatos, *En lo llano*, recrea una aventura imaginaria entre la actriz Sarah Bernhardt y el viajero inglés Fred Burnaby. Sabemos que Nadar retrató a Bernhardt, que ésta y Burnaby subieron en globo y que el fotógrafo era un devoto esposo que, al igual que Julian Barnes, cuidó de la mujer que amaba en su última enfermedad olvidándose del resto de lo que le rodeaba. Pero, como bien recuerda el propio autor de *Niveles de vida* citando a E.M. Forster: "Una muerte puede explicarse a sí misma, pero no arroja luz sobre otra".

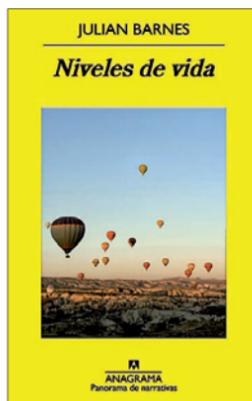
La agente literario Pat Kava-



PABLO GARCIA

Niveles de vida

JULIAN BARNES
Anagrama, 2014
145 páginas
14,50 euros



nagh, esposa de Barnes y protagonista de esta especie de biografía novelada del dolor devastador, murió en 2008 de un cáncer cerebral a los 68 años. El escritor cuenta cómo guardó en el llavero que

ella solía utilizar únicamente dos llaves la de su casa y la de la puerta trasera del cementerio, y recuerda que el mismo aceite que solía frotar en la piel seca de su mujer acabó utilizándolo para engrasar la

madera de roble de su lápida. "La aflicción como la muerte es banal y única. Es decir, una comparación trivial. Cuando cambias de coche, de pronto adviertes que hay muchos otros coches de la misma marca en la carretera. Se hacen notar como nunca antes. Cuando enviudas, de repente ves que todos los viudos y viudas se te acercan. Antes habían sido más o menos invisibles y siguen siéndolo para otros conductores, para los que no son viudos." (pag 87)

La preocupación de Barnes por la mortalidad se remonta a la pérdida de su esposa. En sus memorias, *Nada que temer*, publicadas en 2008 poco antes de la muerte de Kavanagh, ya hablaba del final como un hecho atroz definitorio de la vida. Y en *Las líneas del matrimonio*, uno de los relatos de *Pulso*,

cuenta la historia de un viudo que regresa al lugar de vacaciones donde fue feliz con su mujer esperando aplacar su dolor. La pregunta pertinente es si la felicidad, o en cualquier caso el alivio, reside en recordar, o, por el contrario, olvidar.

Durante el otoño de 2008 que siguió a la pérdida, Barnes siguió la actualidad con una indiferencia olímpica. Sólo la elección de Obama atrajo su atención. Las previsiones sobre el desplome financiero le parecieron un asunto trivial. "Si el dinero no había podido salvar a mi mujer ¿para que servía y qué sentido tenía salvarle el pellejo al sistema?". El clima del planeta alcanzando un punto sin retorno tampoco le interesaba. "No es más que el Universo cumpliendo con su cometido." Pensó en el suicidio y en hacer un viaje por el Canal del Midi. Cuenta que algunas amistades reaccionaron como si se tratara de un divorcio en vez de una pérdida irreparable y le aconsejaron comprarse un perro. Respondió sarcásticamente que no le parecía un buen sustituto de una esposa.

Cruzar el trópico del dolor, como escribe Barnes, no resulta fácil. Así que siguió recordando el último viaje con ella, el último libro que leyó, el último vino que bebieron juntos y las últimas palabras que escuchó de sus labios. El dolor consuela y no hace falta, por tanto, que el recuerdo lo mitigue, basta con que sirva para avivarlo. No hace falta remontarse en él, simplemente tener presente al ser querido, "las cosas anteriores del año en que murió".

Barnes intentó primero refugiarse en la indiferencia resignada de ciertos partidos de fútbol intrascendentes, "un enfrentamiento entre el Middlesbrough y el Slovan Bratislava, y acabó rindiéndose a la liberación esencial de la ópera, un espectáculo que hasta el momento había considerado inverosímil, con personajes que se gritan a la cara y donde a uno lo matan e inmediatamente se pone a cantar, como escribió ahora no recuerdo quién. En un arte que va al grano, como la muerte, y busca partir el corazón de los espectadores, halló su "realismo social". Las últimas 60 páginas de *Niveles de vida* son de una belleza aplastante. No se cansa uno de leerlas.

Pendiente abajo de la mano de Echenoz

EUGENIO FUENTES

Despertarse con el vacío de memoria propio de una fiesta excesiva y descubrir que estaba compartiendo cama con un cadáver fue para Victoire una sensación tan desconcertante que lo único que se le ocurrió fue darse a la fuga. Sacó del banco todo su dinero, hizo la maleta y se subió al primer tren con destino a las playas del sudoeste francés. Así, sumida en una profunda resaca, dejó atrás todo lo que hasta entonces había sido su vida y se lanzó pendiente abajo hacia la sima. Apenas estos pocos trazos bastan al francés Echenoz (1947) para, con ese punto de precisión notarial que impregna sus prosas, poner en marcha una historia que deja perplejo al lector sobre los confines que puede llegar a columbrar la literatura. *Un año*, editada en francés en 1997, fue la octava novela del autor de la reciente y celebrada 14. Inédita hasta ahora en España, *Un año* sirve a la editorial argentina Mardulce para hacer su feliz presentación entre nosotros.

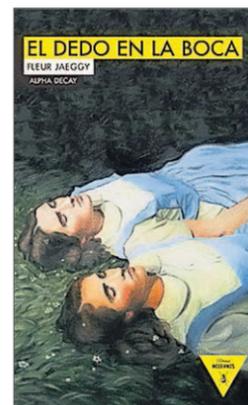


Un año
JEAN ECHENOZ
Mardulce
74 páginas
12 euros

Los neutrales que se chupan el pulgar

E. F.

La suiza de lengua italiana e impronta germánica Fleur Jaeggy (1940) se estrenó en 1968 con este *El dedo en la boca*, toda una muestra de su capacidad para modelar los símbolos, el material más preciado de los mejores edificios narrativos, que en ella son siempre extraños y escuetos. Quienes hayan leído *El ángel de la guarda* o *Los hermosos años del castigo* -o las sorprendentes semblanzas de Keats, De Quincey y Schwob que se alojan en *Vidas conjeturales*- saben bien de su destreza para destilar el reverso oscuro del mundo en una imagen insólita. Jaeggy no retrata, transmuta. Y de la resonancia encadenada de esos sujetos alterados surgen tramas pobladas por muertos en vida como los que descubrirá el lector que atraviese la desasosegante ilustración que envuelve *El dedo en la boca*. Prepárense a descubrir quiénes son "los neutrales" de la mano de Leung, una joven que nunca ha dejado de chuparse el pulgar.



El dedo en la boca
FLEUR JAEGGY
Alpha Decay
95 páginas
16,90 euros